



26 de noviembre de 1893

Sobre el tiempo de Adviento

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hermanas:

Quisiera deciros unas palabras sobre el tiempo de Adviento, en el que entraremos el próximo domingo, porque, al fin y al cabo, esperar y desear a nuestro Señor es la tarea de toda la vida de una religiosa. Toda nuestra vida debe pasar en ello.

Nunca estamos lo suficientemente unidas a nuestro Señor por la oración en la vida cotidiana. El tiempo de Adviento llega en el momento oportuno para renovarnos en esta vida de oración y reavivar nuestra devoción, mientras la Iglesia invoca con todas sus fuerzas la venida de nuestro Señor a nuestras almas.

Es Él a quien se desea, a quien se pide, quien debe ser el conductor, el regulador, el santificador de toda nuestra vida religiosa, a quien debemos tender con deseo y amor. *Mi peso es mi amor¹*.

Esta frase es, creo, de san Agustín y es muy digna de él. En efecto, por un amor ardiente se esforzaba por alcanzar a Dios con todas sus fuerzas, con ese fervor y esa fuerza que admiramos en él. Haced lo mismo, que sea por amor por lo que invoquéis a nuestro Señor sin cesar en vuestra vida y, sobre todo, durante el Adviento.

La fiesta de Navidad es una de las más bellas del año, lo será para nosotras si la preparamos bien, si nuestro corazón se inclina hacia Jesús tan pobre, tan abandonado, tan desamparado, que quiso nacer por nosotras al borde de un camino, lejos de su casa, en un lugar inhabitable. Lo hizo por amor a nosotras y, *si el amor es nuestro peso*, debe hacernos responder al suyo con nuestra ternura, nuestro fervor y un gran deseo de verlo nacer, crecer y desarrollarse en nosotras.

¹ San Agustín. Confesiones. Libro XIII, capítulo IX.